

Fotografías en color de
GORDON PARKS

Fotos en negro de
GILLOON, U.P.I., PICTORIAL PARADE y JOHN HAYWARD

Traducción de
GABRIEL FERRATER



PARIS ERA



**tercera
parte**

FORD MADDOX FORD Y EL DISCIPULO DEL DIABLO

LA Closerie des Lilas era el único buen café que había cerca de casa, cuando vivíamos en el piso encima de la aserradora, en el número 113 de la rue Notre-Dame-des-Champs. Y era uno de los mejores cafés de París. En invierno no se estaba caliente dentro, y en primavera y otoño se estaba muy bien fuera, cuando ponían mesitas a la sombra de los árboles junto a la estatua del mariscal Ney, y las grandes mesas cuadradas bajo los toldos, en la acera del boulevard. Nos hicimos buenos amigos de dos camareros del café. La gente del Dôme y de la Rotonde nunca iba a la Closerie. No hubieran encontrado allí a nadie que les co-

nociera, y nadie les hubiera mirado con la boca abierta cuando entraban. Por entonces, muchos iban a aquellos dos cafés en la esquina del boulevard Montparnasse con el boulevard Raspail para ofrecerse como espectáculo público, y puede decirse que aquellos cafés equivalían a las crónicas de sociedad, como sustitutos cotidianos de la inmortalidad.

En tiempos anteriores, la Closerie des Lilas fue un café donde se reunían poetas más o menos regularmente, y su último gran poeta era Paul Fort, a quien yo nunca leí. El único poeta que yo vi allí es Blaise Cendrars, con su rota nariz de boxeador y su manga vacía sujeta con un imperdi-

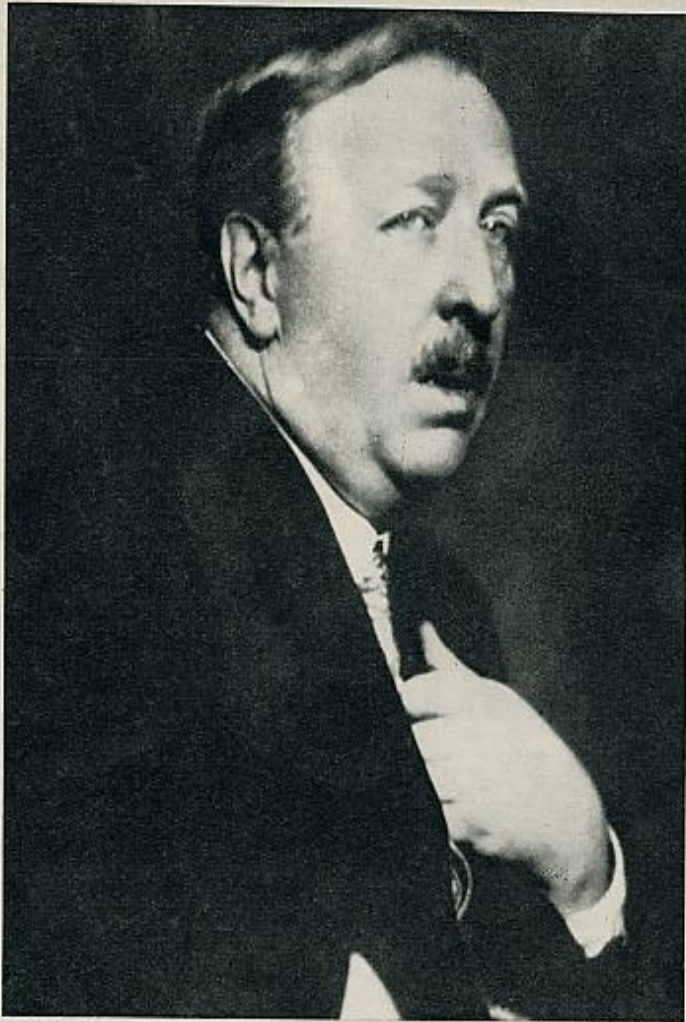
SIGUE



UNA FIESTA

(del libro "A MOVEABLE FEAST")

**Por Ernest
HEMINGWAY**



"FORD MADOX FORD HABIA REPUDIADO DESDE LA GUERRA SU APELLIDO ALEMÁN DE HUEFFER. JADEABA A TRAVÉS DE SU HIRSUTO MOSTACHO MANCHADO, Y SE ERGUÍA CON RIGIDEZ, COMO SI FUERA UN EMBUDO AMBULANTE..."

ble, que liaba los pitillos con la mano que le quedaba. Era un buen compañero hasta que estaba demasiado borracho e, incluso entonces, las mentiras que soltaba le hacían más interesante que a otros sus relatos verídicos. Pero nunca vi a otro poeta en la Closerie, y, además, a Cendrars sólo le encontré allí una vez. La mayoría de los clientes eran señores viejos y barbudos, de ropas gastadas, que iban allí con sus esposas o sus queridas, y algunos, pero no todos, llevaban en la solapa la cintita roja de la Legión de Honor. Con optimismo, les clasificábamos a todos como hombres de ciencia, como *savants*, y el tiempo que mataban con un aperitivo era casi tan largo como el que mataban ante un café con leche otros señores de trajes más gastados todavía, que iban allí con sus esposas o sus queridas y mostraban la cintita violeta de las Palmas Académicas, lo cual no tenía nada que ver con la Academia Francesa, y nosotros suponíamos

que significaba eran profesores o maestros.

En conjunto, aquellas gentes componían un café agradable, ya que sólo se observaban entre sí, y lo que les interesaba eran sus copas o sus tazas de café o sus infusiones, sin contar los periódicos que estaban sujetos a sus varillas de madera, y en aquel ambiente nadie se exhibía.

Había también otros tipos de hombres, vecinos del barrio, que frecuentaban la Closerie. Algunos llevaban en la solapa la cinta de la Croix de Guerre, y otros la cinta amarilla y verde de la Médaille Militaire, y yo me fijaba en lo bien que superaban las dificultades debidas a los brazos o las piernas que les faltaban, y en la excelente calidad de sus ojos artificiales, y en lo muy hábilmente que les habían rehecho la cara. En una cara cuyo porcentaje de reconstrucción era alto, se veía siempre un brillo casi iridiscente, que recordaba el de un esquí bien engrasado, y nosotros respetába-

mos a estos clientes más que a los *savants* y los profesores, aunque bien podían estos últimos haber servido también en la guerra, sin sufrir mutilación.

En aquellos días no teníamos confianza en nadie que no hubiera estado en la guerra, pero, además, no teníamos plena confianza en nadie, y a menudo imperaba la opinión de que Cendrars no tenía por qué ponerse tan truculento a propósito de su desvanecido brazo. El día en que le encontré allí, me alivió que la cosa ocurriera a primera hora de la tarde, antes de que llegaran los clientes fijos de la Closerie.

Otra tarde estaba yo sentado a una de las mesas de fuera, mirando cómo iba cambiando el color de la luz que daba en los árboles y los edificios, y cómo pasaban los grandes y lentos caballos que, a menudo, se veían por los bulevares exteriores. La puerta del café se abrió a mi espalda, y un hombre salió y se plantó a mi derecha, junto a mi mesa.

—De modo que aquí está usted —dijo.

Era Ford Madox Ford, según se hacía llamar entonces, porque desde la guerra había repudiado su apellido alemán de Hueffer. Jadeaba a través de su hirsuto mostacho manchado, y se erguía con rigidez, como si fuera un embudo ambulante puesto con la punta hacia abajo y bien trajeado.

—¿Permite que me sienta? —preguntó sentándose.

Miró al boulevard con sus ojos de un azul desvaído. Las cejas y las pestañas eran incoloras.

—Malogré buenos años de mi vida por lograr que la matanza de estas bestias se hiciera en forma humana —declaró.

—Ya me lo ha dicho —repuse.

—No creo habérselo dicho.

—Estoy seguro.

—Muy raro. Nunca se lo he dicho a nadie en mi vida.

—¿Quiere usted beber algo?

El camarero esperaba ante nosotros, y Ford pidió un Chambéry-cassis. El camarero, que era alto y delgado y se peinaba con brillantina para cubrir su coronilla calva, y ostentaba un gran mostacho en el viejo estilo del cuerpo de dragones, repitió el pedido.

—No. En vez de eso tráigame una *fine à l'eau* —dijo Ford.

—Una *fine à l'eau* para el señor —transmitió el camarero.

Yo evitaba siempre mirar a Ford en la medida de lo posible, y siempre retenía mi aliento cuando me encontraba cerca de él en una estancia cerrada, pero aquella tarde estábamos al aire libre y,

además, las hojas caídas volaban sobre la acera, llegando por mi lado de la mesa y alejándose, por el suyo, de modo que le miré francamente. Me arrepentí, y miré a la acera de enfrente. La luz estaba cambiada otra vez, y me había perdido el instante del cambio. Bebí un sorbo de mi copa para comprobar si la proximidad de Ford le había dado mal sabor, pero todavía estaba pura.

—Está usted deprimido —dijo él.

—No.

—Sí lo está. Le conviene salir más de casa. Vine a invitarle a las reuñioncillas que tenemos en ese divertido Bal Musette que hay cerca de la place Contrescarpe, en la rue du Cardinal-Lemoine.

—Viví dos años encima del baile ese antes de que usted volviera a París.

—Qué cosa más rara. ¿Está seguro?

—Sí —afirmé—. Estoy seguro. El propietario de la sala de baile tenía también un taxi y, cuando yo tenía que tomar un avión, él me llevaba siempre al aeródromo y cada vez, antes de salir, entrábamos en la sala, que estaba a oscuras, y bebíamos una copa de vino blanco en el mostrador de cinc.

—Nunca me ha interesado la aviación —dijo Ford—. Usted y su esposa arréglense para ir al Bal Musette el sábado por la noche. Es un lugar muy alegre. Le dibujaré un plano para que pueda encontrarlo. Yo lo descubrí por pura casualidad.

—Está en la planta baja del número 74 de la rue Cardinal-Lemoine —dijo—. Yo vivía en el tercer piso.

—Es una casa sin número —dijo Ford—. Pero la encontrará sin dificultad si consigue llegar hasta la place Contrescarpe.

Bebí otro largo sorbo. El camarero había traído la bebida de Ford, pero Ford le rectificaba.

—No, no pedí un coñac con soda —dijo, paciente pero severo—. Pedí un vermut Chambéry con cassis.

—No importa, Jean —dijo—. Yo me quedaré con la *fine*. Tráigale al señor lo que pide ahora.

—Lo que pedí antes —corrigió Ford.

En aquel momento, un hombre más bien demacrado, que se cubría con una capa, pasó por la acera. Iba en compañía de una mujer alta, y dio una ojeada a nuestra mesa y a las mesas vecinas y luego siguió su camino por el boulevard.

—¿Vio usted cómo le negué el saludo? —dijo Ford—. ¿Eh? ¿Vio cómo se lo negué?

—No. ¿A quién se lo negó?
—A Belloc —dijo Ford—. ¡Ya lo creo que se lo negó! ¡Y de qué modo!

—No me fijé —dijo—. ¿Y por qué le negó el saludo?

—Por toda suerte de buenas razones —dijo Ford—. ¡Y de qué modo se lo negó!

Era feliz, perfecta y completamente feliz. Yo no conocía a Belloc, pero tuve la impresión de que no nos había visto. Pasó con la expresión de alguien que anda absorto en algún pensamiento, y la ojeada que dio a nuestra mesa fue casi automática. Pero me apeñó que Ford hubiera estado grosero con él, ya que, siendo yo entonces un joven que iniciaba su educación, sentía muy alto respeto por los escritores de más edad. Esto parece incomprensible ahora, pero en aquellos días se daba mucho.

Pensé que hubiera sido agradable que Belloc se hubiera sentado a nuestra mesa, y que hubiera sido una buena ocasión para conocerle. El encuentro con Ford me había estropeado la tarde, pero pensé que tal vez Belloc la hubiera arreglado un poco.

—¿Por qué diablos bebe usted coñac? —me preguntó Ford—. ¿No sabe que para un escritor joven ponerse a beber coñac es fatal?

—No bebo muy a menudo —dije.

HILAIRE BELLOC. "... UN HOMBRE MAS BIEN DEMACRADO, QUE SE CUBRÍA CON UNA CAPA, PASO POR LA ACERA..."



Me esforcé por tener muy presente lo que Ezra Pound me había dicho de Ford: que no había que maltratarle nunca, que había que recordar siempre que sólo decía mentiras cuando estaba fatigado, que era un escritor bueno de verdad y que había sufrido terribles contratiempos conyugales. Me esforcé todo lo que pude por tener presente todo aquello, aunque la pesada y resollante y abyecta vecindad del propio Ford, tan cerca que podía tocarle, lo hacía difícil. Pero me esforcé.

—Explíqueme qué razones hay para retirarle el saludo a alguien —pedí.

Hasta entonces, yo había creído que eso se hacía sólo en las novelas de marqueses que escribía Ouida. Yo nunca fui capaz de leer una novela de Ouida, ni siquiera una vez, en una estación de esquí en Suiza, cuando terminé todos mis libros, al tiempo que soplaban el viento húmedo del Sur, y el hotel no tenía más que novelas de Ouida, abandonadas por algún cliente, en las viejas ediciones de Tauchnitz, de antes de la guerra. Pero cierto sexto sentido me decía que en las novelas de aquella dama, los personajes se niegan el saludo.

—Un caballero —explicó Ford— le negará siempre el saludo a un rufián.

Bebí a toda prisa un sorbo de brandy.

—¿Se lo negará a un villano? —pregunté.

—Es inconcebible que un caballero tenga relación alguna con un villano.

—¿O sea que un caballero sólo retira el saludo a sus iguales? —seguí investigando.

—Naturalmente.

—¿Y cómo entra un caballero en relación con un rufián?

—Uno puede ignorar que lo sea, y a veces ocurre que un hombre se transforma en un rufián.

—¿Qué es un rufián? —pregunté—. ¿Uno de esos seres que un caballero, so pena de su honra, debe apalea hasta molerle los huesos?

—No necesariamente —dijo Ford.

—¿Es Ezra un caballero? —pregunté.

—Claro que no —dijo Ford—. Es un americano.

—¿Nunca puede un americano ser un caballero?

—Tal vez lo sea John Quinn —explicó Ford—. Algunos hay entre los embajadores.

—¿Myron T. Herrick?

—Tal vez.

—¿Era Henry James un caballero?

—Estaba muy cerca de serlo.



PARIS ERA UNA FIESTA

"... ALEISTER CROWLEY, EL DE LAS MISAS NEGRAS, TIENE FAMA DE SER EL HOMBRE MAS MALVADO DEL UNIVERSO".

—¿Es usted un caballero?

—Claro que sí. He sido oficial de Su Majestad.

—¿Qué complicado asunto —dije—. ¿Soy yo un caballero?

—Decididamente, no —afirmó Ford.

—¿Por qué, pues, se sienta usted a mi mesa?

—Me siento a su mesa porque lo considero como un escritor joven que promete mucho. Como un colega en literatura realmente.

—Es usted muy amable —dije.

—En Italia podría considerarse un caballero —concedió Ford con magnanimidad.

—¿Pero no soy un rufián?

—Claro que no, muchacho. ¿Quién dijo eso nunca?

—Pudiera convertirme en un rufián —dije con tristeza—. Con tanto beber coñac. Cosas así acabaron con Lord Harry Hotspur, en la novela de Trollope. Dígame, ¿era Trollope un caballero?

—Claro que no.

—¿Está usted seguro?

—Pudiera haber división de opiniones. Pero la mía es rotunda.

—¿Lo era Fielding? Tenía el rango de juez.

—Técnicamente tal vez haya que contarle entre los caballeros.

—¿Y a Marlowe?

—Desde luego que no.

—¿Y a John Donne?

—Era un cura.

—Qué fascinante es esta cuestión —dije.

—Me complace su interés —dijo Ford—. Antes de irme le acompañaré a beber otro coñac con agua.

Cuando Ford se marchó era ya de noche. Anduve hasta el quiosco y compré *Paris-Sport Complet*, la última edición de la tarde del diario de hípica, que traía los resultados de Auteuil y el programa de las carreras del día siguiente en Enghien. Emile, el camarero que estaba de turno reemplazando a Jean, vino a mi mesa para saber el resultado de la última carrera en Auteuil. Un gran amigo mío, al que raras veces se veía por la Closerie, se acercó entonces y se sentó a mi mesa y, precisamente cuando mi amigo le pedía a Emile su bebida, el demacrado hombre de la capa, con la mujer alta, cruzó por la acera. Su mirada resbaló por nuestra mesa y se desvió.

—Ese es Hilaire Belloc —dije a mi amigo—. Ford estuvo aquí esta tarde, y le negó el saludo.

—No digas bobadas —dijo mi amigo—. Ese es Aleister Crowley, el de las misas negras. Tiene fama de ser el hombre más malvado del universo.

—Lo siento —dije.

EZRA POUND Y SU BEL ESPRIT

EZRA Pound se portó siempre como un buen amigo, y siempre estaba ocupado en hacer favores a todo el mundo. El estudio donde vivía con su esposa Dorothy, en la rue Notre-Dame-des-Champs, tenía tanto de pobre como tenía de rico el estudio de Gertrude Stein. El de Ezra sólo tenía mucha luz y una estufa para calentarlo, y había

pinturas de artistas japoneses amigos suyos. Eran todos nobles en su país de origen, y llevaban el pelo muy largo. Era un pelo de un negro muy brillante, que basculaba adelante cuando hacían sus reverencias, y a mí me impresionaban todos mucho, pero no me gustaban sus pinturas. No las comprendía, pero no encerraban ningún misterio, y en cuanto

llegué a comprenderlas me importaron un comino. Lo lamentaba muy sinceramente, pero no pude hacer nada por remediarlo.

Los cuadros de Dorothy sí que me gustaban mucho, y Dorothy me parecía muy hermosa, con un tipo maravilloso. También me gustaba el busto de Ezra que hizo Gaudier-Brzeska, y me gustaron todas las fotos de obras de este escultor que Ezra me enseñó, y que estaban en el libro del propio Ezra sobre él. A Ezra también le gustaba la pintura de Picabia pero a mí me parecía entonces que no valía nada. Tampoco me gustaba nada la pintura de Wyndham Lewis, que a Ezra le entusiasmaba. Siempre le gustaban las obras de sus amigos, lo cual está muy bien como prueba de lealtad pero puede ser un desastre a la hora de dar juicios. Nunca discutíamos sobre cosas de estas, porque yo guardaba la boca callada cuando algo no me gustaba. Si a una persona le gustaban las pinturas o los escritos de sus amigos, yo lo miraba como algo parecido a lo de la gente que quiere a su familia, y es descortés criticársela. A veces, uno puede pasar mucho tiempo antes de tomar una actitud crítica ante su propia familia, la de sangre o la política, pero todavía es más fácil ir tirando con los malos pintores, porque nunca cometen maldades horribles ni le destrozan a uno en lo más íntimo, como son capaces de hacer las familias. Con los pintores malos, basta con no mirarlos. Pero incluso cuando uno ha aprendido a no mirar a las familias ni escucharlas ni contestar a las cartas, la familia encuentra algún modo de hacerse peligrosa. Ezra era más bueno que yo, y miraba más cristianamente a la gente. Lo que él escribía era tan perfecto cuando se le daba bien, y él era tan sincero en sus errores y estaba tan enamorado de sus teorías falsas, y era tan cariñoso con la gente, que yo le consideré siempre como una especie de santo. Claro que también era iracundo, pero acaso lo han sido muchos santos.

Ezra quiso que yo le enseñara a boxear, y un día que le daba una lección en su estudio, a última hora de la tarde, conocí allí a Wyndham Lewis. Ezra boxeaba desde hacía muy poco tiempo, y me avergonzaba que se mostrara torpe ante un amigo suyo, y procuré que diera la mejor impresión posible. Pero no podía darla muy buena, porque la práctica de la esgrima le había resabiado, y yo estaba todavía intentando lograr que concentrara su boxeo en la mano izquierda y guardara el pie izquierdo adelantado, y que cuando tuviera que adelantar el pie derecho lo hiciera paralelamente al izquierdo. O sea que estábamos

todavía en lo básico. No llegaba nunca a enseñarle cómo se dispara un gancho de izquierda, y en cuanto a enseñarle el hábito de retirar su derecha, eso lo reservaba para el futuro.

Wyndham Lewis llevaba un sombrero negro de alas anchas, como un personaje del barrio, y se vestía como un cantante en «La Bohème». Su cara me recordaba la de una rana, y ni siquiera de una rana toro sino de una rana cualquiera, y París era una charca que le venía ancha. Por aquellos tiempos, pensábamos que un escritor o un pintor puede llevar cualquier vestimenta de la que sea poseedor, y que no hay un uniforme oficial para el artista; pero Lewis llevaba el uniforme de un artista de antes de la guerra. Daba grima mirarle, pero él nos observaba muy engreído, mientras yo esquivaba las izquierdas de Ezra o las blocaba en la palma de mi guante derecho.

Quise dejarlo, pero Lewis insistió para que continuáramos, y me di cuenta de que, como no comprendía nada de lo que hacíamos, estaba al acecho, en la esperanza de que Ezra recibiera daño. Nada ocurrió. No contra-

*EL POETA EZRA POUND.
"... SIEMPRE ESTABA
OCUPADO EN HACER
FAVORES A TODO
EL MUNDO. SU ESTUDIO
TENIA TANTO DE
POBRE COMO DE RICO EL
DE GERTRUDE STEIN..."*



*"WYNDHAM LEWIS
LLEVABA UN SOMBRERO
NEGRO DE ALAS
ANCHAS, COMO UN
PERSONAJE DEL
BARRIO, Y SE VESTIA
COMO UN CANTANTE
DE LA BOHEME".*

ataqué nunca, y mantuve a Ezra persiguiéndome, con su izquierda adelantada pero lanzando de vez en cuando una derecha, y al fin dije que ya estaba bien por aquel día, y me lavé en una palangana. me sequé con una toalla y me puse mi camiseta de lana.

Nos servimos algo de beber, y yo escuché mientras Ezra y Lewis hablaban, haciendo comentarios sobre gentes que vivían en Londres o en París. Observé a Lewis con cuidado pero fingiendo no mirarle, como hace uno cuando boxea, y creo que nunca he conocido a un hombre tan repelente. Ciertas personas traslucen el mal, como un gran caballo de carreras trasluce su nobleza de sangre. Tiene la dignidad de un chancro canceroso. Pero Lewis no traslucía el mal; sólo resultaba repelente.

Caminando de vuelta a casa, intenté enumerar las cosas en que Lewis me hacía pensar, y encontré varias cosas. Pero eran todas de orden médico, excepto el sudor de pies. Quise descomponer su cara en sus distintas facciones e írmelas describiendo, pero sólo recordé los ojos. Debajo del sombrero negro, en el primer instante en que le vi, me parecieron los ojos de un violador fracasado.

—Hoy he conocido al hombre más repelente con quien me he encontrado nunca —dije a mi mujer.

—Por favor, Tatie, no me hables de él —contestó—. No me digas nada. Estamos a punto de comer.

A cosa de una semana más tarde, hablé con Miss Stein y le dije que había conocido a Wyndham Lewis, y le pregunté si ella le conocía.

—Yo le llamo «la tenia métrica» —me dijo—. Llega de Londres y ve un buen cuadro, y se saca un lápiz del bolsillo y se pone a medir los detalles del cuadro, y dale de tomar medidas con el pulgar en el lápiz. Y toma sus vistas y sus medidas y apunta exactamente cómo está hecho. Luego se vuelve a Londres y rehace el cuadro, y no le sale. No se ha dado ni cuenta de por dónde va la cosa.

De modo que me acostumbré a pensar en él como la Tenia Métrica. Un término más amable y más provisto de piedad cristiana que cualquiera de los que yo mismo había inventado para designarle. Más tarde, hice lo posible por apreciarle y mostrarme amistoso con él, como hice con todos los amigos de Ezra cuando él me los explicaba. Pero aquella impresión tuve, el día que le conocí en el estudio de Ezra.

Ezra era el escritor más generoso y más desinteresado que nunca he conocido. Corría en auxilio de los poetas, pintores, escultores y prosistas en los que tenía fe, y si alguien estaba verdaderamente apurado, corría en su auxilio tanto si tenía fe como si no. Se preocupaba por todo el mundo, y en los primeros tiempos de nuestra amistad la persona que más le preocupaba era T. S. Eliot quien, según me dijo Ezra, tenía que estar empleado en un Banco en Londres, y por consiguiente no disponía de tiempo ni seguía un horario apropiado para dar un buen rendimiento poético.

Ezra fundó una institución llamada Bel Esprit, asociándose con Miss Natalie Barney, que era una americana rica, protectora de las artes. Miss Barney había sido amiga de Rémy de Gourmont (eso fue antes de mis tiempos), y tenía en su casa un salón donde recibía en cierto día de la semana, y en su jardín un templete griego. Muchas mujeres, americanas y francesas, provistas de dinero suficiente, tenían sus salones, y comprendí pronto que eran unos lugares excelentes para que yo me guardara de poner en ellos los pies. Pero creo que Miss Barney era la única con un templete griego en su jardín.

Ezra me mostró el folleto anunciador del Bel Esprit, y Miss Barney le había permitido usar una viñeta del templete griego para la portada. La concepción encarnada en el Bel Esprit era la de que cada cual aportaría una parte de sus ingresos, y entre todos constituiríamos un fondo con el que sacaríamos a Mr. Eliot de su Banco, y él tendría dinero para escribir poesía. A mí me pareció una buena idea, y una vez que tuviéramos a Mr. Eliot fuera de su Banco, Ezra calculó que la co-

sa progresaría en línea recta y labraríamos un porvenir para todo el mundo.

Yo metí un poco de claroscuro en la cosa al referirme siempre a Eliot bajo el título de comandante Eliot, fingiendo le confundía con el comandante Douglas, un economista cuyas ideas entusiasmaron grandemente a Ezra. Pero Ezra comprendió que a pesar de todo mi corazón latía como los buenos y que yo estaba imbuido del Bel Esprit, por mucho que a Ezra le irritaría oírme solicitar de mis amigos fondos para sacar al comandante Eliot del Banco, y oír a alguien replicar que qué diablos estaba haciendo un comandante en un Banco, y que si le habían dado el retiro, no se comprendía que no tuviera una pensión, o que por lo menos no hubiera recibido una indemnización al retirarse.

En casos tales, yo explicaba a mis amigos que todo aquello no venía a cuento. Uno estaba dotado de Bel Esprit o no lo estaba. Si tienes Bel Esprit, contribuirás para que el comandante salga del Banco. Si no lo tienes, peor para ti. ¿Comprendes por lo menos el significado del templete griego? ¿No? Ya me parecía a mí. Adios muy buenas. Te metes tu dinero donde te convenga. No lo aceptamos ni que nos lo pidas de rodillas.

Mi actividad como agente del Bel Esprit fue muy enérgica, y por entonces mis sueños más felices eran aquellos en que veía al comandante salir a grandes zancadas por la puerta del Banco, transformado en hombre libre. No logro acordarme de cómo se casó por fin el Bel Esprit, pero me parece que tiene alguna relación con el hecho de que el comandante publicó «The Waste Land» y el poema le ganó el premio del «Dial», y poco después una dama con título financió para Eliot una revista llamada «The Criterion», y ni Ezra ni yo tuvimos que preocuparnos más por él. Creo que el templete se encuentra todavía en su jardín. Para mí fue una decepción eso de que no hubiéramos logrado sacar al comandante de su Banco mediante la operación única del Bel Esprit, según yo lo visualizaba en mis sueños, con lo que tal vez se hubiera venido a vivir en el templete griego, por donde podríamos dejarnos caer de vez en cuando, Ezra y yo, a coronarle de laurel. Yo conocía un lugar donde había laureles muy hermosos, y yo hubiera podido ir a cortar unas ramas y traerlas en bicicleta, y hubiéramos podido coronarle cada vez que se sintiera solo, o cada vez que a Ezra le fuera dable revisar los manuscritos o las prue-

"MISS NATALIE BARNEY ERA UNA AMERICANA RICA, PROTECTORA DE LAS ARTES. HABIA SIDO AMIGA DE REMY DE GOURMONT Y TENIA UN SALON DONDE RECIBIA EN CIERTO DIA DE LA SEMANA, Y EN SU JARDIN UN TEMPLETE GRIEGO."



"... T. S. ELIOT TENIA QUE ESTAR EMPLEADO EN UN BANCO DE LONDRES, Y NO DISPONIA DE TIEMPO NI SEGUIA UN HORARIO APROPIADO PARA DAR UN BUEN RENDIMIENTO POETICO..."

bas de otro poema tan grande como «The Waste Land». Para mí, la empresa aquella resultó moralmente pernicioso, como han resultado tantas otras cosas, porque me metí en el bolsillo el dinero destinado a sacar al comandante del Banco y me lo llevé a Enghien y lo aposté en caballos que saltaban bajo la influencia de estimulantes. En dos reuniones hípicas, los estimulados caballos por los que yo apostaba dejaron atrás a los animales sin estímulo o con estímulo insuficiente, salvo en una carrera en la que nuestro angelito querido se estimuló hasta tal punto que antes de la salida arrojó a su jockey al suelo y se escapó, y dio una vuelta entera al circuito del «steplechase», saltando hermosamente en su soledad, tal como uno salta a veces en sueños. Cuando lo cazaron y lo volvieron a montar, arrancó en cabeza y, como dicen los franceses, hizo una carrera honrosa, pero el dinero fue para otro.

Me hubiera sentido más dichoso si el dinero de la apuesta hubiera ido a parar al Bel Esprit, que había dejado de existir. Pero me consolé pensando que, con las apuestas acertadas, hubiera podido contribuir al Bel Esprit con una suma mucho mayor que mi primera intención.

COPYRIGHT HEMINGWAY LTD-SEIX BARRAL Y "TRIUNFO", 1964

Por su gran extensión, hemos dividido este tercero y último capítulo de «Paris era una fiesta» en dos partes. El final del libro aparecerá en el próximo número.

**EN
EL PROXIMO
NUMERO
última parte
de
"PARIS ERA
UNA FIESTA"
Por Ernest
HEMINGWAY**